

JOSÉ GABRIEL GARCÍA: LA PRIMERA HISTORIOGRAFÍA DOMINICANA COMO DRAMA*

Roberto Marte

1.-

El pesimismo intelectual dominicano floreció con posterioridad a las dos primeras generaciones literarias de quienes hicieron la independencia y cuando la fase formativa del Estado nacional pareció haber terminado. Ese pesimismo no aportó verdades sustantivas sobre la sociedad, sólo se presentó como una actitud “en contra” en el debate público. El pesimismo cultural era una actitud no sólo en la búsqueda de soluciones a los problemas sociales coetáneos, sino para comprender las raíces históricas del “nosotros”. Por eso apeló a la historia, la cual había concebido el pasado insular como drama¹, como una narración inestable de hechos notables y proezas derivados en tragedia, en una moraleja de la incertidumbre y del fracaso². Esto último es lo que a partir de ahora llamaré *interpretación dramática del pasado dominicano*.

* Este artículo fue publicado en el Boletín del Archivo General de la Nación, Santo Domingo, vol. XXXVI, n° 129, enero-abril 2011.

¹ Refiriéndose al *Compendio de la historia de Santo Domingo* de José Gabriel García, San Miguel apuntó que éste narró “el período de la conquista como un drama”. PEDRO L. SAN MIGUEL, *La isla imaginada. Historia, identidad y utopía en La Española*, Santo Domingo, 1997, p. 38.

² Al margen de esto, cabe destacar que la cultura filosófica universal ha presentado con frecuencia la adversidad o el infortunio revistiendo un papel fundamental en la historia, hasta el punto que es difícil encontrar algún autor que no muestre preocupación por esta idea. Hegel, por ejemplo, expresa lo siguiente: “Die Weltgeschichte ist nicht der Boden des Glücks. Die Perioden des Glücks sind leere Blätter in ihr; denn sie sind die Perioden der Zusammenstimmung, des fehlenden Gegensatzes”. GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL, *Vorlesungen über die Philosophie der*

Desde la última década del siglo XIX tuvo lugar en la prensa y en la opinión de los círculos letrados una revisión del optimismo patriótico de los años fundacionales de la república. En esa disposición de la época se comenzó a evaluar las experiencias históricas de “este desgraciado pueblo del 44 a la fecha”³ cuyo desenlace describía el fracaso de los deseos, de las posibilidades surgidas después de la fundación de la república. La élite letrada del país fundamentó esa actitud pesimista en las contrariedades y desgracias del país contadas por la historia, en la cual parecía retrasarse hasta el infinito la epifanía del progreso.

En la segunda mitad del siglo XIX la historiografía dominicana como historia política había comenzado a despuntar como una praxis que poco tenía en común con las especulaciones de los retóricos dieciochescos como las de Luis Joseph Peguero en su *Historia de la conquista de la isla Española* y las del prontuario histórico-geográfico de Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española*, sino con el saber que aportaba el estudio de los documentos y las tradiciones.

Repárese además que la primera historiografía dominicana estuvo muy restringida por las condiciones del entorno social. Las escasas personas interesadas en la historia hacían alardes de sus conocimientos sobre el pasado, pero la paleografía ni la diplomática eran conocidas, apenas había repertorios de manuscritos antiguos de impronta testimonial ni coleccionistas de restos culturales que hubieran favorecido la formación del interés público en la historia de la nación o en la bibliofilia. Lo único que había desde 1867 era la biblioteca pública de la sociedad cultural La Republicana en el seminario conciliar, la cual se deshizo en 1871 y con sus fondos escasamente dotados se fundó otra de la sociedad cultural La Ju-

Geschichte, Stuttgart, 1961, p. 71. Y ERNEST RENAN, en su célebre conferencia de marzo de 1882, opinó que el sufrimiento, más que la dicha, sirve para unificar el pueblo. Son muy conocidas las teorías de la decadencia occidental de Nietzsche, Spengler, Toynbee y Sartre, para citar sólo algunos nombres.

³ RAFAEL J. CASTILLO, *Escritos reunidos, 2. Ensayos, 1908-1932* (Andrés Blanco Díaz, ed.), Santo Domingo, 2009, p. 42.

ventud, disuelta a su vez en 1880 y transferida a la sociedad Amigos del País.

Después de la Independencia del 44 y especialmente tras el período de la Anexión, cuando el país pareció abandonado a su suerte, casi nadie pensaba que el bisoño Estado precisara de una historia de la nación que contribuyera a legitimar un proceso inacabado de consolidación institucional e ideológica. Desde esa perspectiva cabe decir por lo tanto que el apelativo de “historiador nacional” con que se tildó a José Gabriel García años más tarde no podía ser más apropiado. Cuando en 1867 fue publicado el primer volumen de su *Compendio de la historia de Santo Domingo* habían transcurrido escasamente 23 años de la primera emancipación nacional y dos de la segunda.

El nuevo contexto político surgido tras la afirmación de la república soberana favoreció sin duda la reflexión en torno a los ancestros. Esta circunstancia auspició la polémica histórica y como el pasado nacional estaba lleno de puntos oscuros así nació la pasión por la noticia erudita y el documento porque el historiador no quería dejar resquicios a la duda. José Gabriel García se ciñó a esas formas canónicas del relato histórico decimonónico. Es cierto que sus descripciones exhaustivas y eruditas de lo que se consideraba como el “verdadero” desarrollo de los hechos fastidiaba al lector, no obstante, el *Compendio de la historia de Santo Domingo* le dio fama a García y gozó de amplia circulación pública en la medida de su época.

Quizás la anterior circunstancia explique el comedimiento literario del principal trabajo histórico de García. En la primera edición del *Compendio* los recursos narrativos fueron tan parcos como los de un periodista. En la tercera edición de esta obra el autor trató de subsanar la pesadez discursiva (que le había valido la crítica pública), sirviéndose de un realismo menos iterativo que confería al relato cierta autenticidad escénica sin la irritación causada por las citas de los documentos, como en los trozos siguientes: “viniendo a aumentar las novedades del día, el suicidio de un hijo del cónsul español Segovia, la caída de un niño dentro de un pozo, y

un conato de parricida” o “y al mismo tiempo Félix Báez, que falleció el 8 del indicado mes del tétano que le produjo una heridas que le dieron en la cara” y también: “el capitán Matías Acosta, que estaba emboscado con su gente en El Palmar, con un fuego de fusilería tan nutrido, que tuvieron que reembarcarse las primeras con el agua a la rodilla y las ultimas a nado”⁴.

Asímismo empleando expresiones copulativas entre los períodos oracionales que enfatizan con un lenguaje extensional pero escueto el tiempo cotidiano, como por ejemplo, “Apenas comenzaban a calmarse los ánimos de la agitación producida por el atentado de los haitianos en Trujin” o introduciendo epimerismos, pues focalizado su *collage* compositivo en una suma tan compleja de hechos difícilmente correlacionables en una totalidad con un sentido, sobre la base de estos productores de coherencia el historiador conducía al lector de un tópico a otro, pasando de los que consideraba “sucesos principales” a los llamados “hechos secundarios”: “Antes de entrar a referir estos nuevos trastornos, bueno es hacer constar que mientras sucedían los que ya conoce el lector” o “Cuando los dominicanos estaban luchando por repeler la invasión de las huestes haitianas con que el emperador Soulouque soñó someterlos a fines de 1855, hubo de fondear en la ría del Ozama”. Las citas podrían multiplicarse y todas en el mismo sentido.

Su expresión es básicamente descriptiva, la parataxis vuelve su discurso más plausible y directo, pero por momentos visualiza los sucesos del relato con unas imágenes de sugestividad sinestésica⁵: “pero por fortuna no hicieron otro daño sino el de convertir la fiesta en un fuerte tiroteo que

⁴ Dice Kocka que “Die Anekdote, die erzählte Einzelgeschichte, die liebevoll rekonstruierte Facette haben sicherlich auch in den Darstellung der Historiker ihrer Platz, aber doch nur dann wenn die Zusammenhänge, in denen sie stehen, mindestens angedeutet werden”. JÜRGEN KOCKA, *Bemerkungen im Anschluss an das Referat von Dietrich Harth*, en *Geschichte als Literatur* (H. Eggert, U. Profitlich y K. R. Scherpe, edit.), Stuttgart, 1990, p. 26. Pero el problema estriba en cómo determinar hasta qué punto estos “Zusammenhänge” provienen del estudio de las fuentes y hasta qué punto son verificables empíricamente,

⁵ La reconstrucción de este tipo de escenas vívidas se asemeja a lo que en el plano de la memoria ha sido denominado en la terapia psiquiátrica discursiva “evocación holográfica”.

duró hasta caída del sol”, “y disparaba un cañonazo, con cuyo motivo resultó que como el mar estaba agitado, y todos se llenaron de confusión, no tardó en zozobrar la embarcación, ahogándose dos de los que iban en ella”.

Hay que tener en cuenta que el contenido de estas expresiones de García no provenían de las fuentes documentales sino de transmisiones orales directas, cuyas validez y fiabilidad sólo podían ser confirmadas por los testigos de los hechos narrados. Sin embargo, el historiador no se detuvo ante esta cuestión porque esas líneas no tenían una función de índole constatativa y por lo tanto no venía al caso preguntarse si eran dignas de fe. La función de esas líneas descriptivas de pasajes cotidianos del pueblo bajo (la parodia) era lisa y llanamente ayudar a escenificar y a construir el orden de una historia accidentada y precaria, de la tragedia

Con todo, la documentación histórica dominicana comenzó lentamente a crecer y con ella la depuración de las leyendas y tradiciones antiguas y el cuestionamiento de temas históricos importantes. José Gabriel García fue el primer dominicano que asumió con tal tesón y rigurosidad metódica la compilación exhaustiva, el escrutinio y el ordenamiento cronológico de los hechos históricos dominicanos⁶.

Sin embargo, hablar de la rectificación de las leyendas y tradiciones antiguas podría conducir a un equívoco dado el carácter tradicionalista y devoto⁷ del discurso histórico decimonono. En realidad, muchas de tales leyendas eran el fundamento de esa visión histórica en la cual no era rara la intervención de fuerzas cósmicas y del destino. Tomemos como ejemplo la tradición recogida por los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII fundada en el testimonio de fray Juan Infante que narra la aparición de la Virgen de las Mercedes (“una señora vestida de blanco con un niño en los brazos”⁸) en la cruz levantada en el valle de La Vega en la noche del

⁶ García dividió la historia dominicana en nueve épocas y cuarenta períodos. Esta clasificación en serie de los hechos históricos sigue siendo empleada por nuestros historiadores contemporáneos.

⁷ Religión y patriotismo eran inseparables.

⁸ Ciento cincuenta y cinco años después del acontecimiento mercedario, el canónigo Alcocer describió la aparición así: “los indios vieron a Nuestra Señora la Santísima Virgen María sentada en un

15 de marzo de 1495 después de los continuados ataques de 30 mil indios de Caonabo y Manicoatex contra un puñado de españoles dirigidos por Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé. Cuenta García, acogiéndose a la tradición del milagro, que los indios “quedaron tan aterrorizados, que desistiendo del propósito de seguir siendo hostiles a los invasores, se retiraron a sus hogares resignados”⁹.

No es correcto que ridiculicemos ahora esa escena de hostilidades entre aborígenes y españoles llamada por los historiadores “Batalla del Valle de la Vega Real” porque para el pensamiento histórico de antaño la misma no fue un episodio histórico del montón, sino un acontecimiento de gran significación y valor metonímico que anunciaba el comienzo dramático de la conquista española del Nuevo Mundo y el advenimiento de una nueva época. Amparada en la supuesta historicidad del acontecimiento mercedario, al transcurrir el tiempo la élite política de la colonia vio en él también un instrumento catequético en beneficio de la propagación de la hispanidad y de la fe católica en este pueblo criollo en ciernes.

Pero además, la aparición de la virgen a favor de los conquistadores y de los misioneros prefiguraba una tragedia de largo alcance que costó muchas lágrimas a la sociedad colonial y luego a la nación incipiente: la creencia en la maternidad espiritual española de los dominicanos, la cual fue la base más fuerte en la forja de su identidad como pueblo. Habían transcurrido unos cien años del renombrado episodio, cuando fray Gabriel Téllez dijo que Nuestra Señora de las Mercedes era la “Universal Matrona de toda aquella isla”. En el siglo XIX esto cobró más relevancia en la representación romántica de la historia.

Aunque a los lectores del presente pueda parecer absurdo admitir como verídica esa leyenda de la virgen y tiendan por ello a desdeñarla, aún al cierre del siglo XIX dicho “recuerdo venerable” era una fuente de inspira-

braço de la santa Cruz que parecía que deuiava el fuego y defendía que no la quemasen por lo qual indignados los indios...”. LUIS GERÓNIMO ALCOCER, *Relación sumaria del estado presente de la Isla Española*, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, n° 20-21, 1942, pp. 45-46.

⁹ JOSÉ GABRIEL GARCÍA, *Compendio de la historia de Santo Domingo*, t. 1, Santo Domingo, 1982, p.p. 34-35.

ción popular que avalaba los orígenes hispánicos donde descansaba la Nación-Cultura de los dominicanos.

En general, los historiadores nacionales se dejaron llevar por la supuesta historicidad de leyendas de “situaciones profundas y trágicas” como ésta de la aparición mercedaria¹⁰ que tanto complacían al público como si se trataran de testimonios vivos desenterrados de nuestro pasado¹¹.

2.-

Aunque José Gabriel García no fue propiamente un historiador pesimista, en su búsqueda del ideal nacional la intelectualidad que comenzó a madurar con el nuevo siglo XX hizo suya la interpretación romántica del pasado insular como tragedia que popularizó el historiador nacional. La construcción dramática de la historia vista como narración regresiva¹² cuenta los fracasos acarreados por circunstancias seculares adversas que frustraron la república “cultura” y soberana.

García retrata en sus escritos su propia decepción ante una nación aún menor de edad “cautiva en los grillos del personalismo”, pero que no parecería de antemano condenada al fracaso. El desengaño no es solamente un sustantivo mencionado una y otra vez en el *Compendio de la historia de Santo Domingo* sino un metasigno del talante emocional del texto histórico reproducido en los adjetivos “triste” y “sombrio” a los que recurrió

¹⁰ A lo cual no escaparon ni siquiera los historiadores eruditos practicantes de la llamada “crítica histórica” que abordaron el tema, como Tejera y Lugo Lovatón. Véase de APOLINAR TEJERA, *La cruz del Santo Cerro y la batalla de la Vega Real*, en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, Ciudad Trujillo, 1945, n° 40-41, 1945, pp. 101-119 y de RAMÓN LUGO LOVATÓN, *La orden de la Merced en España y la Virgen de las Mercedes en la Isla de Santo Domingo*, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, n° 76, 1953, pp. 44-52 ni el muy docto Cocchia. Véase, MONS. ROQUE COCHIA, *El Santo Cerro y la cruz de la Vega*, en la *Gaceta Oficial*, Santo Domingo, n°s. 292, 293, 294 y 295, 1880.

¹¹ Si nos atenemos a esta leyenda al pie de la letra como lo hicieron nuestros historiadores, extraña que la Congregación Vaticana para las Causas de los Santos no hubiera iniciado ya hace tiempo el proceso de canonización de Cristóbal Colón.

¹² Sobre el concepto de “narración regresiva” véase de KENNETH J. GERGEN, *Erzählung, moralische Identität und historisches Bewußtsein*, en JÜRGEN STRAUB, *Erzählung, Identität und historisches Bewußtsein*, Frankfurt, 1998, pp. 178-180.

el historiador repetidamente. No contento con el sistema político ineficaz y corrompido de su tiempo, el historiador prohió la historia magistra como un púlpito de “educación cívica” cuyo punto de culminación había de ser el régimen liberal y el mito patrio¹³.

Pero en José Gabriel García como en otros de sus coetáneos no prosperó el llamado pesimismo de las generaciones intelectuales del siguiente siglo¹⁴. Con razón el historiador presentó la independencia nacional con letras de oro como obra del “duartismo”¹⁵, cuyo ideario adoptó como caballo de batalla, aunque para la generación de treinta años después del grito de febrero Duarte “era un personaje casi desconocido” como dolido comentó Félix María Del Monte. Esto fue lo que luego se llamó “su tesis” en la cual quedaba abierto un resquicio al progreso. Porque el “destino supremo de la república” era la “regeneración pública” y la lucha contra el “estamento reaccionario”, que era la fuente del “personalismo”, la “tiranía”, la “ambición” y la “audacia”, flagelos todos, como se ve, políticos y mora-

¹³ En los escritos de José Gabriel García la narración de los hechos formó parte de un género moralista, enemigo de todo psicologismo y de otros intereses intelectuales Véase, por ejemplo, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, Santo Domingo, 1875; *La idea separatista*, en *El Mensajero*, 27, feb , 1883; o en *Por el decoro nacional*, en *El Teléfono*, 12, junio, 1892.

¹⁴ La opinión de San Miguel difiere sólo en algunos detalles de lo expuesto en este trabajo. San Miguel lo expresó así: “las ‘revoluciones’, las ‘montoneras’ y las luchas caudillistas, producto de las luchas por el poder y de la existencia de unas masas rurales de propensión levantisca; la injerencia extranjera, sentida de forma cada vez más intensa a raíz de la expansión norteamericana hacia el Caribe en las últimas décadas del siglo XIX; y la eventual ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos (1916-1924), remarcaron el ‘pesimismo dominicano’”. PEDRO L. SAN MIGUEL, *La isla imaginada*, p. 46.

¹⁵ Este fue uno de los patrimonios que José Gabriel García dejó en herencia a sus hijos. Leonidas García Llubes designa a Juan Pablo Duarte como el “genial inventor del patriotismo dominicano”.

les¹⁶. Por ejemplo, sobre el fracaso de la primera independencia dominicana en 1821 comentó el amigo cercano de García y culto patriota Mariano Cestero que “No fue el país, sí que el elemento conservador la causa averiguada, el fautor del daño”¹⁷.

No debemos olvidar que cuando García se inició en el estudio de la historia el país vivía todavía ante la posibilidad de una nueva guerra con los haitianos y ante el peligro de la anexión a una potencia extranjera, peligro que se consumó pocos años después con la incorporación de Santo Domingo al imperio colonial español.

La primera historiografía dominicana halló en estas amenazas el expediente para reafirmarse en su cruzada nacional. La praxis historiográfica decimonona simplemente había incorporado a la propia disciplina lo que podría llamarse la “ideología nacional” que le sirvió al historiador García como recurso de legitimación para clasificar y valorar las ocurrencias del pasado, y también de topoi literario a caballo entre las funciones apelativa (o normativa) y catéctica de su discurso histórico. García dijo: “con la conciencia de que defendemos una causa que es santa”.

El sentimiento patriótico fue el aliento principal de la labor historiográfica de García. Pero la vida en sociedad constituía un revoltijo de pasiones, un mundo a la deriva donde escarceó el historiador con los comentarios más hirientes¹⁸. De esto se sigue que en el atributo *trágico* García pareció abrigar la manera más adecuada para componer su representación

¹⁶ Véase, por ejemplo, el caso de Meriño. Aunque en su manual de geografía nacional hay apenas espacio para la narración del drama histórico, igual que García su autor culpó a “las banderías políticas provocadas desde los principios de la Separación” de haber mantenido “la República en continuas luchas civiles durante 17 años”. No por eso Meriño fue arrastrado por la corriente del pesimismo. Él dice que la República Dominicana “camina á la consecución de un venturoso porvenir, habiendo no sólo adelantado ya en punto á comercio, agricultura é industria, sino que también ha hecho progresos materiales é intelectuales que la colocan á la altura de la moderna civilización”. EL PADRE MERIÑO, *Elementos de la geografía física, política e histórica de la República Dominicana*. Santo Domingo, p. 1898 (1984), pp. 182-183.

¹⁷ MARIANO A. CESTERO, *Análisis histórico*, en *Escritos, 2. Artículos y ensayos* (Andrés Blanco Díaz ed.), Santo Domingo, 2009, p.141

¹⁸ El “eterno caos del Ser” llamó Carlyle a la intrincada ilación multicausal y consecutiva de los hechos históricos singulares. G. B. TENNYSON, *A Carlyle Reader: Selections from the Writings of Thomas Carlyle*, New York, 1969, p. 60.

del pasado y a lo cual se podría imputar que la noción de “progreso”, aunque no ausente, no desempeñe en su historia un papel importante. Vistas en perspectiva, las acciones históricas de los dominicanos caracterizadas por el éxito son raras, salvo las libradas contra el “vecino malo”, los invasores haitianos. Y aquellas que terminaron con el triunfo, aunque fuera pasajero, o en una transacción con el agresor o el villano, generalmente se convierten a la postre en el inicio de nuevos infortunios.

Esto es así inclusive en aquellas partes del *Compendio* que narran lo que al parecer serían historias de vencedores, como la siguiente (para abreviar dejo de lado los aspectos preliminares del relato, pasando directamente a la fase de recrudescimiento del conflicto). Aquí el historiador cuenta sobre el “furor de los patriotas” dominicanos que conquistaron el triunfo frente a sus enemigos los franceses tras el movimiento de la Reconquista iniciado, entre otros, por el “intrépido caudillo” Juan Sánchez Ramírez en julio de 1808. Ciertamente, la estética romántica garciana encomió “los sentimientos patrióticos” y la “victoria espléndida” del caudillo cotuisano, “cuya actividad era extraordinaria”, apenas iniciado el movimiento de agitación contra la ocupación francesa (García dice que “las ideas de Don Juan Sánchez estaban triunfantes en toda la parte española”). Pero también José Gabriel García no se dejó envolver por la dinámica heroica del tema¹⁹, pues aunque evitando una crítica directa hay en el relato un distanciamiento moral del historiador respecto al pasado representado.

Este desembrage temporal del historiador se perfila antes de comenzar la narración de los acontecimientos que en 1809 habían de conducir a Santo Domingo de vuelta al seno colonial español, cuyas ideas, señala, habían sido “explotadas hábilmente por algunos hombres adictos al pasado régimen” y apoyadas por “un gran número de patriotas” quienes “creían de buena fe que no había bienestar posible sino bajo la bandera española”.

¹⁹ En la época del historiador García el tema de la Reconquista era de fácil aceptación pública, dado el hispanismo de los lectores urbanos.

Adviértase que hay un cierto silencio en la crítica de García. Él no reprobó la Reconquista, es decir, la guerra contra los franceses, ni negó el valor excepcional de sus personajes cuando los acontecimientos alcanzaron su clímax, ya salvados los escollos, pero un segundo nivel de interpretación destaca la desgracia del yerro histórico: Quedó “inaugurada oficialmente una época de grandes esperanzas y de ilusiones risueñas que el más cruel de los desengaños no tardó en desvanecer”. Al finalizar el relato, en esa esfera paratópica de la ambigüedad va adquiriendo forma el carácter regresivo de la historia y su talante moral y pragmático. Su fallo histórico, que adoptó como siempre con mucho énfasis fue el siguiente: “Lástima que los sacrificios hechos en aquel tiempo para consumir la ingrata obra de restaurar un régimen añejo, que si bien contaba con simpatías generales, podía considerarse como contrario a los intereses bien entendidos del pueblo soberano, no hubieran ido dirigidos a la consecución de la independencia absoluta de la colonia”.

Como se ve, García no censuró la vuelta de Santo Domingo al seno colonial español, pero no hizo de este acontecimiento el verdadero objeto del deseo de la narración patriótica. Por eso, el desenlace de esta historia (de la Reconquista y el comienzo de la España Boba) aparece como un desenlace artificial.

La narración de otros acaecimientos notables a primera vista caracterizados por el éxito también zozobran en el infortunio: hacia finales del año 1653 el capitán general de la colonia española organizó una expedición con una “flota de cinco naves y muchas canoas” al mando del general Gabriel de Rojas Valle y Figueroa para desalojar militarmente a “los intrusos” franceses de la isla Tortuga. “Pundonoroso y valiente, cumplió el jefe de la expedición con bizarría su riesgoso encargo” sorprendiendo a “los filibusteros en sitios que creían inexpugnables”, quienes al fin “resolvieron capitular perdiéndolo todo, hasta los negros que se habían robado en sus correrías por las costas del norte de La Española”. La situación feliz impelida por los acontecimientos activos-positivos deriva, en el siguiente

plot point narrativo²⁰, en una circunstancia difícil: “Pero fue tanta la desgracia, que apenas tuvo tiempo la colonia de recoger el fruto de su victoria contra los filibusteros intrusos, porque la declaratoria de guerra a España, que de orden del dictador Oliverio Cromwell se publicó en Londres el día 28 de noviembre de 1654, vino a ser precursora de sucesos fatales que habían de costar lágrimas amargas a los habitantes del nuevo mundo”²¹.

Otras épocas más cercanas al presente aparecen igualmente empañadas por la desgracia, como la de Núñez de Cáceres y de la primera independencia, que se trocó “por fatalidad” “en noche de esclavitud y de ignominia”. Y más tarde, la fase heroica de la independencia del 44, con la realización indiscutible de la fundación de la república soberana, sufrió “con el martirio de Duarte” “un idéntico fracaso” en “desmedro del espíritu cívico de las generaciones dominicanas”.

La especificidad sin embargo de este carácter regresivo recurrente en casi todos los textos históricos dominicanos a partir de José Gabriel García²² radica en su peculiar estructura dramática: comienza como una trama ascendente, en la cual un personaje se propone vencer una situación odiosa o calamitosa realizando una tarea heroica o va surgiendo una cir-

²⁰ Sobre la técnica del *plot point* narrativo véase de GREGOR HABINGER, *Konzeption und Implementierung einer Autorenumgebung für interaktive und nicht lineare Geschichten basierend auf den morphologischen Funktionen von Vladimir Propp*. Disertación doctoral presentada en la Fachhochschule de Hagenberg, julio 2002. También la obra básica de SYDD FIELDS, *Das Handbuch zum Drehbuch: Übungen und Anleitungen zu einem guten Drehbuch*, Frankfurt am Main, 1992.

²¹ Moya expresó que “Poco aprovechó esta victoria a los españoles, porque en resumidas cuentas casi todos los franceses desalojados de la Tortuga se trasladaron a las costas occidentales de la isla de Santo Domingo”. CASIMIRO N. DE MOYA, *Bosquejo histórico del descubrimiento y conquista de la isla de Santo Domingo*, Santo Domingo, t. 1, 1976, p. 215.

²² La “dramática vida dominicana” fue llamada por Federico Henríquez y Carvajal. Esa actitud trágica respecto a nuestro pasado no fue un invento de José Gabriel García. Ya había sido asumida en la cultura histórica de la élite política del siglo XIX. Cassá lo explica así: “Se había instaurado un fuerte sentido de frustración existencial, expresado en la imagen de tragedia sempiterna, mientras se desenvolvían los procesos de gestación del colectivo nacional, por ello, entre otros factores, radicalmente trunco”. ROBERTO CASSÁ, *Teoría de la nación y proyecto político en Américo Lugo*, en AMERICO LUGO, *Obras escogidas*, Santo Domingo, 1993, p. 16.

cunstancia prometedora o un escenario conflictivo que invita a un arreglo. Aquí se ha llegado a la fase motivante del arco narrativo.

Estos acontecimientos se disocian paulatinamente de sus motivos originales, haciendo que lo que la historia construye aparezca como anómalo: la trama ascendente toma la pendiente de signo contrario dejando intuir que la historia se orienta al infortunio o al fracaso (lo cual explica su componente épico que hace fluir la acción heroica a la tragedia). Como la estructura narrativa tiene siempre un final abierto, la historia reinicia el ciclo dramático en la fase siguiente (*turning point*). Esta fue la tesis de la evolución *regresiva* del pasado insular que treinta años después de la independencia nacional se impuso en el pensamiento histórico dominicano²³. Como se ve, se trata de una visión holística de la historia: la historia como una totalidad que marcha al fracaso, o a la incapacidad para detenerlo.

Han venido en auxilio de este estudio los criterios clasificatorios de la tipología narrativa de Gergen²⁴ y en cierto modo el análisis narrativo JAKOB de Boothe²⁵ como se verá a seguidas. El principio que rige la teoría JAKOB es que en el desarrollo del relato desde el comienzo al final hay un horizonte de expectativas que se puede desplazar entre una situación óptima y una situación catastrófica. En esa mutación entre dos picos po-

²³ El tema de la decadencia despertó la atención de los intelectuales en la España del novecientos. Véase de SANTOS JULIÁ, *Retóricas de muerte y resurrección: los intelectuales en la crisis de conciencia nacional*, en *Debates en torno al 98: Estado, sociedad y política*, Madrid, 1998.

²⁴ KENNETH J. GERGEN, *Erzählung, moralische Identität und historisches Bewußtsein*, Ob. Cit.

²⁵ B. BOOTHE, *Manual der Erzählanalyse JAKOB. Berichte aus der Abteilung Klinische Psychologie.*, n° 51, Universität Zürich, Oktober, 2002. La teoría dramático-narrativa de la Dra. Brigitte Boothe ha sido expuesta por ROLAND GASSER en *Erzählmuster in der Psychotherapie*, memoria de licenciatura de la Universidad de Zürich, 2001. No he hecho uso de las partes que tratan sobre el análisis semántico de la teoría JAKOB tomado de la semántica generativa debido a que no me propuse codificar los textos históricos estudiados. La aplicación de estas técnicas de análisis a la historiografía tradicional, la cual podría avanzar hasta niveles muy complejos, no ha sido suficientemente explorada, pues hasta ahora sólo hay reunidas muy pocas experiencias individuales, por lo cual no sabemos con absoluta certeza hasta qué punto puede ser efectiva. Véase entre otros de H. JENKINS, *Game design as narrative architecture*, 2002, (Online), web.mit.edu/21fms/www/faculty/henry3/games&narrative.html#1

sitivo-negativo se pueden establecer 10 códigos como más adelante veremos. No sólo el contenido del relato está regido por dicho principio, pues también el narrador debe estar de alguna manera implicado emocional o ideológicamente en el mismo. A la luz de ese principio narrativo resulta no sólo el potencial dramático de la trama con las vicisitudes de sus personajes, sino que también se expresan las expectativas de satisfacción y de desagravio, el temor ante el fracaso o el desengaño del autor del relato.

Acorde con lo anterior, la estructura dramática de la historiografía dominicana durante más de cincuenta años ha sido constructiva-activa-negativa según el orden siguiente: una situación positiva o la tarea del héroe impelen el desarrollo de la trama; la situación positiva o el héroe ocupa una situación activa hacia el desenlace narrativo (la trama transcurre estable hacia el fin perseguido); la situación positiva o la intervención del héroe se truncan y sobreviene una circunstancia difícil; a resultas la situación o la actuación del héroe deriva en fracaso. En esta fase asoma en la actitud de los actantes desmoralización y apatía. A veces también la conducta desordenada, cuando un sujeto anónimo irrumpe en el relato (por ejemplo: la aparición violenta en la política de jefezuelos de las clases bajas, del pueblo).

A resultas, se puede establecer los siguientes 10 códigos correspondientes a esta estructura dramática constructiva-activa-negativa: expectativa, convicción, optimismo, ofensiva<>embarazo, engaño, deserción, peligro, trance, revés, tragedia.

La circunstancia de que en la historiografía dominicana desde sus comienzos el enfrentamiento entre el (sujeto) bueno y el villano no es seguido por la victoria del primero y que el encargo de la tarea que da paso a la lucha y a la prueba de la acción del héroe queda irrealizado, constituye su dimensión axiológica más importante, haciendo que la historia se proyecte regresivamente en una suerte de esquema abierto o cíclico.

Como salta a la vista, en el estudio del texto de García a seguidas analizado, la sintaxis narrativa proppiana me ha servido para establecer las relaciones lógicas de los elementos en el universo del relato, adecuándola a la forma típica del discurso histórico²⁶.

Tomemos el capítulo de la séptima parte del *Compendio de la historia de Santo Domingo* de José Gabriel García que trata de los episodios políticos que se produjeron en las provincias del valle central de la isla y del posterior asedio militar a la ciudad capital siendo presidente de la república Buenaventura Báez. Este tema es conocido tradicionalmente en el ámbito historiográfico dominicano como “movimiento del 7 julio del 1857”. En este como en otros capítulos del *Compendio* el drama de acción de la historia es presentado como tragedia.

En los primeros párrafos de este texto la narración aparece muy ralentizada, con unos comentarios críticos de García sobre la situación financiera de la fase de auge de la coyuntura económica que ocurrió en los años 1856 y 1857 la cual ocasionó el súbito incremento de las exportaciones de tabaco. El historiador García puso un gran empeño en demostrar que las providencias monetarias dispuestas en 1857 por el presidente Buenaventura Báez no sólo fueron equivocadas sino también socialmente beligerantes y políticamente deshonestas.

En realidad, García instrumentalizó la circunstancia monetaria para abordar los problemas del espacio escénico, que eran problemas políticos.

A modo de argumentación, en el comienzo del capítulo el historiador apeló a dos juicios que representaban la ideología de los opuestos a

²⁶ VLADIMIR PROPP, *Morfología del cuento*. (1928) Madrid, 1998. Entendiendo que el campo de aplicación de la semiótica proppiana y su profundización greimasiana no se reducen exclusivamente al de los cuentos maravillosos y que podrían constituir un ámbito de análisis muy fructífero de la estructura elemental del relato histórico tradicional. Esto constituye un espacio abierto a la investigación, tomando en cuenta que el análisis narratológico y la interpretación hermenéutica se complementan mutuamente. Siguiendo el punto de vista greimasiano en el presente análisis he partido de que el orden del relato no es necesariamente sintagmático como aparece en la obra de Propp. Abreviaría la enorme tarea de codificar, tipologizar y comparar los textos completos de los historiadores la aplicación del programa de computadora ATLAS.ti para el análisis cualitativo de datos textuales de gran formato.

Báez, que era a su vez la ideología del propio narrador implicado en su objeto: (a) que “un gobierno menos apasionado, o más previsivo en materias económicas” debió haber aprovechado la ocasión para recoger el papel moneda en circulación, pero que en vez de esto hizo todo lo contrario; y (b) que el mandatario actuó de este modo “con el deseo” de adueñarse de las utilidades que rendían las especulaciones del comercio cibaño, al “que suponía hostil”, con “las plazas del sud” para “proporcionárselas a los amigos de la situación”.

Estos dos juicios tienen carácter anticipatorio pues muestran, con anterioridad al desarrollo del tema, si no cómo ha de conducirse la historia, por lo menos quién es el antagonista principal y factor responsable de los enfrentamientos: la figura de Báez que ya se presenta como un sujeto antipático a los lectores²⁷.

Observemos que en los primeros párrafos García dice que “cuando el presidente Báez ingresó al poder en 1856 . . . no había mucha abundancia de papel moneda, el oro acuñado bajó de tal manera, en vísperas de la cosecha de tabaco, que las transacciones llegaron a celebrarse a cincuenta por uno”. Sin embargo, más adelante apunta que “como no era verdad que faltara numerario para las transacciones, pues como queda demostrado, éste había venido de fuera traído por el aliciente de la cosecha, y el oro y la plata alternaban ya en el Cibao con el papel moneda que quedaba en circulación”.

²⁷ A diferencia del general Santana que “libró al país de la absorción haitiana” y que gradualmente fue asumiendo el papel del agresor, en la historiografía garciana Buenaventura Báez representó desde la fundación de la República las funciones del malvado o del auxiliar del malvado pues no trabajaba “sino en pro del triunfo de las ideas antinacionales que forman su credo político”. En la representación histórica el origen mismo del personaje lo convierte en una figura negativa. García, por ejemplo, dice sobre él lo siguiente: “Nació Báez de un ayuntamiento inmoral, y engendrado por un padre que debió su procreación al crimen, ha sido consecuente con su cuna, demostrando en el curso de su vida pública y privada que no podía concebir sino inmoralidades. Está escrito que nadie puede hacer limpio lo que ha sido formado de inmundo cimiento.” En los estudios narratológicos esta es la llamada *caracterización en bloque*. JOSÉ GABRIEL GARCÍA, *Apuntes para la historia. Bosquejo de la vida política de Báez*, Santo Domingo, 1871.

El desacuerdo (inconsistencia lógica) entre estas dos citas es obvio y por tratarse de argumentos descriptivos o constatativos uno de ambos ha de ser falso. Pese a la discordancia que constituye la circunstancia desencadenante del problema, García no se extendió en la misma más de dos escasas páginas, en comparación con las once que dedicó a los acontecimientos siguientes.

En ningún momento García aceptó o tomó en consideración que fruto de su escasez, el valor del dinero se elevó y dado que la comercialización del numerario había aumentado mucho, el presidente Báez dispuso la emisión de seis millones de pesos en papel. Él se refiere a la política de expansión del medio circulante, que en mayo de 1857 fue autorizada la emisión de cuatro millones de pesos, aunque el gobierno lanzó al mercado dieciocho millones de pesos cuando la crisis económica internacional estalló súbitamente en julio de ese año. Que los precios del tabaco se fueron a pique y los comerciantes, después de haber comprado tabaco “a la flor” y vendido mercancías importadas a los campesinos a cambio de papeletas, de pronto se vieron con grandes sumas de papel devaluado.

En su breve disertación García pasó por alto un punto fundamental: la convulsión de las transacciones a que dio lugar la crisis en los mercados internacionales durante el verano de 1857. Esta argumentación tradicional en realidad obedecía a un esquema holístico de uso pragmático porque lo que estaba en tela de juicio no eran tanto las circunstancias económicas de 1857, ni siquiera como “condiciones” de los acontecimientos políticos de corto plazo que habían de ser narrados, sino las relaciones entre buenos y adversarios y el “estado de derecho” y el “nuevo orden político” que aparecían como signos metalingüísticos (con una función dogmática) de los cuales dependían las propiedades retóricas del texto.

La argumentación garciana establece un nexo lógico *normal* entre la política monetaria del presidente Báez y “el despotismo” que condujo a los sucesos políticos y militares desencadenados consiguientemente. O dicho de otro modo: (1) que Báez carecía de saber en materia económica para tomar medidas monetarias correctas, es decir, se trataría de la carencia

de una competencia cognitiva. Pero la sola carencia de dicho saber no iba a convertir a Báez en un malvado que despertara la lucha abierta descrita en el relato. Ahora bien, mediante la función de otra carencia, (2) la carencia de una motivación deóntica: la de deber hacer lo correcto, tenemos que lo primero (1) se une indisolublemente a lo segundo (2): que el mandatario actuó de este modo “con el deseo” de adueñarse de las utilidades que rendían las especulaciones del comercio cibaëño.

En resumen: la crisis fue el resultado de la carencia de una competencia modal de Báez, pero también porque él era el malvado (*homo improbus*). Habría sido de esperarse que si en lugar de Báez hubiera sido otro el personaje (digamos, el general José María Cabral), éste no hubiera constituido el antagonista aun cuando las mentiras del contrario hubieran desencadenado el mismo daño.

Si el lector de la historia de García fue en su tiempo un lector atento o informado podría haber pensado que aquí se había omitido algo. Pero o el asunto elidido era para él demasiado complicado y por eso prefería pasarlo por alto o por razones patrióticas o morales el proceder de Báez como antagonista político (los acontecimientos sólo adquieren significatividad en relación con los actores y los actores en relación con el drama) era lo más importante para ser recordado (*aposiopesis*). Y porque además del examen de un proceso económico intangible no podía sacar en claro por qué había ocurrido el movimiento armado de los julistas contra Báez.

Es que los lectores de la historia necesitaban un criterio narrativo que le confiriera un significado a los hechos y destacara su valencia emocional en concordancia con su credo patriótico (este es el *posicionamiento* del relato)²⁸. Esto sugiere una homología entre dos enunciados: (A) el presidente Báez y (B) el abuso de poder desde el nacimiento de la Repú-

²⁸ La situación inicial del relato necesita del *posicionamiento*, el cual funciona como código moral o elemento evaluativo para orientar al lector y establecer las expectativas en el desarrollo narrativo. A medida que la narración avanza y claramente a partir del avance del enfrentamiento, el posicionamiento irá cambiando en relación con el personaje y la situación a los cuales está orientado.

blica²⁹. Esta homología $(A)=(B)$ estableció las condiciones para historiar el hecho conocido como “movimiento de julio del 57”, es decir, equivale al nivel de la *mimesis 1* ricoeuriana.

Esta imagen de Báez no fue sin embargo concebida por García, existía ya en la cultura política de los estamentos liberales de la década del sesenta en los cuales el historiador comenzó a destacarse como uno de sus individuos prominentes. Por eso se puede decir que el posicionamiento del relato no es personal o privado, sino basado en un convencionalismo moral y político de clase³⁰. Por eso el historiador García no dejó ni el más pequeño resquicio para que el lector mismo evaluara al personaje según sus propias deducciones. Báez constituyó junto a Santana el paradigma del personaje “reaccionario” aciago de la historia política dominicana decimonónica y sus acciones se sitúan *siempre* en la esfera del malvado³¹.

²⁹ La presencia del antagonista, del enemigo, es imprescindible para que la narración gane un significado. Véase de PHILIPPE HAMON, *Texte et idéologie: valeurs, hiérarchies et évaluations dans l'oeuvre littéraire*, Paris, 1984, p. 11. Aunque como se sabe, el discurso histórico tiene una aceptación variable relativa a la época, la autoridad que la sociedad dominicana ha concedido al discurso garciano ha hecho que su interpretación sobre esta parte del pasado nacional haya sobrevivido irrefutada, con tres escasas excepciones hasta el presente. Véase las críticas contrarias al juicio de García: de SÓCRATES NOLASCO, *La revolución del 57. Complicaciones: anexión y consecuencias*, en *Obras Completas*, vol. 2, *Ensayos Históricos*, Santo Domingo, 1994; de ROBERTO MARTE, *Cuba y la República Dominicana, Transición económica en el Caribe del siglo XIX*, Santo Domingo, 1989, pp. 285-291, de JUAN BOSCH, *Composición social dominicana*, Santo Domingo, 1986, pp. 256-275 y de JUAN BOSCH, *La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1986, pp. 84-86. Nolasco dice que “los negociantes acaparadores” “no se resignaban a que les mermaran parte de los cuantiosos beneficios que sin restricción estaban acostumbrados a percibir”. Y que “la resolución del Gobierno sería hoy calificada de moderno socialismo; pero entonces, con retorcidas razones fue interpretada y difundida como ostensible forma de robo” (p. 275).

³⁰ Este es el tipo de posicionamiento llamado *de primer orden*, es decir, no de un individuo privado sino de un conjunto de personas en un entorno social. Además, el posicionamiento de García respecto a Báez no estuvo determinado por la actuación de éste en el desarrollo de la narración, no es un *posicionamiento performativo* como ya se vio en la comparación del proceder de Báez con el hipotético proceder del general Cabral.

³¹ Fue sólo cuando siendo presidente de la nación su hijo, el Dr. Ramón Báez, los restos mortales de Buenaventura Báez fueron trasladados desde Mayaguez, Puerto Rico, a Santo Domingo en noviembre de 1914, en cuya ocasión se les rindieron honores, siendo llevados luego a la Catedral donde fueron sepultados con un homenaje con la presencia, inclusive, del presidente electo, Juan Isidro Jimenes. No por esto la historiografía nacional cambió su punto de vista respecto al personaje histórico.

Conviene además apuntar que el personaje Báez constituyó narrativamente un carácter arquetípico y, por tanto, muy útil para hacer convergir las acciones en un punto central del relato.

Elegidos al azar estos son algunos de los calificativos empleados por García para presentar el personaje: “manumiso”, “nacido en la degradación”, “osado especulador con los fondos de la Nación”, “político vulgar”, “siempre antinacional”, quien se ciñó la faja de mariscal de campo español, “siempre ambicioso”, general de división “improvisado” (y en esto dista mucho de su poderoso rival, el general Pedro Santana que dirigió el ejército “libertador” durante las guerras haitianas³²), “errante en pos de aventuras”, quien “atentó con mano aleve contra las instituciones liberales”, quien atrajo “a sus filas las clases peores del pueblo con ofertas de repartimientos y saqueos”, etc.

Estos apelativos no deben ser entendidos independientes unos de otros, sino como un agregado semántico de datos que se completan unos a otros en el nivel discursivo y a cuya luz los lectores de la época de García (esta modalidad de “ver” el pasado fue altamente resistente a los cambios sociales de varias generaciones) podían reconocer asociativa-

³² El juicio polivalente sobre Santana debido a la pluralidad de contextos en los cuales se presentan sus actos, ha sido una fuente de desacuerdos entre los historiadores posteriores a José Gabriel García. Este dijo por ejemplo: “Vaciado (Santana) en el molde en que la ambición fabrica los usurpadores y los tiranos, consigue a consecuencia de una vida pública agitada y emprendedora, llegar a ser dueño y árbitro absoluto de los destinos del pueblo dominicano”. Aludiendo a lo que él llama “la explicación analítica de García” Alfau Durán refiere que para el “historiador nacional” fueron cuatro las figuras “culminantes” de “nuestra Historia Patria”: el brigadier Juan Sánchez Ramírez, el licenciado José Núñez de Cáceres, Juan Pablo Duarte y el general Pedro Santana. En VETILIO ALFAU DURÁN, *Apuntaciones en torno al 27 de febrero de 1844*, en la revista *Clío*, N° 116, enero-junio de 1960. Entre otros, Lugo se refiere a Santana como “un valiente hatero” “que nos redimió del yugo haitiano”. AMERICO LUGO, *Atentado inútil*, en *Patria*, N° 39, 01.05.1926. Y Rodríguez Demorizi manifiesta a su vez: “Conozcamos a Santana, no para amarle, como a Duarte, sino para comprenderle y admirarle”. EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Nuevas noticias acerca de Santana*, en *Clío*, N° 90, mayo-agosto de 1951, p. 7.

mente el personaje mediante una recordación falsa³³. En este sentido, la historia entraña una operación ideológica y pragmática condensadora.

Recuérdese que cuando García escribió estas líneas, Buenaventura Báez (y el partido rojo, aunque el partido rojo no existía aún en 1857)³⁴ era el principal enemigo político de los azules (pues el otro adversario, el general Santana, ya había muerto) de cuyo mensaje de corte liberal y nacionalista se nutrían también las aspiraciones políticas e incluso existenciales del historiador.

Aquí vemos de nuevo que para ser comprendidos los hechos históricos habían de ser “explicados” *ante quem* en función de los motivos o de la actuación de sus actores porque la trama histórica se consideraba como la ejecución de un programa con sus medios y sus fines que había de ser realizado por sus personajes. Por eso es que aun cuando ralentizados, porque esta parte discursiva está constituida por descripciones de estado y por comentarios concomitantes, estos primeros párrafos del capítulo no pierden totalmente su dimensión narrativa.

Después de su conciso excursus monetario, la historia de García reincorpora el flujo narrativo, pues lo decisivo no era la actuación de los factores económicos sino el proceso actancial que implicaba las aventuras vividas por sus personajes. Por eso este proceso se inició realmente no con la crisis monetaria³⁵, sino con la “revolución” puesta en marcha por el “co-

³³ La recordación falsa no implica que su contenido sea necesariamente falso, sino que la recordación está más bien asociada a un sentimiento de familiaridad con el *critical lure* según lo preestablecido por las creencias y los sentimientos que hacen el pasado congruente con la vida de la comunidad nemónica del presente y menos asociada a la recordación consciente de los episodios (como conocimiento abstracto) basada en el estudio directo de las fuentes históricas. Es decir, lo importante no es tanto el objeto recordado como el contacto directo o indirecto del recordante con el pasado. Este fenómeno es conocido en psicología como *ilusión asociativa de la memoria*. Véase sobre el tema el conocido estudio de H. L. ROEDIGER, *Memory illusions*, en el *Journal of Memory & Language*, 1996, pp. 35-76.

³⁴ Empero Damián Báez apunta que el día de nacimiento del “partido baecista” fue el 3 de julio de 1853. César Nicolás Penson sugiere que fue hacia finales de la década del 60 que los baecistas empezaron a llamarse rojos.

³⁵ Es interesante señalar que en el “Manifiesto de agravios” en el cual los sublevados expusieron sus críticas al gobierno de Báez, el tema de la moneda (que de acuerdo con García “bastaba de por sí para justificar la revolución”) fue más bien un asunto secundario.

mercio cibaño”, los “prohombres” de Santiago y La Vega que la noche del 7 de julio congregados en la ciudad de Santiago desconocieron el gobierno de Báez.

A medida que avanza el relato los términos categoriales “comercio cibaño” y “prohombres” del Cibao, que son unidades semánticas generales³⁶, empleados por García en la fase introductoria del texto, van dejando el paso a los personajes específicos que como a seguidas veremos son otros, pues los primeros no determinarán el desarrollo de las acciones narradas.

En el primer *plot point* el relato pronto se focaliza en los jefes militares que conducen el alzamiento armado, primero en el general Juan Luis Franco Bidó, quien había sido un actor principal de la Guerra de la Independencia (hasta aquí transcurre la primera secuencia), y a continuación en el general Pedro Santana que acude con sus leales para secundar la revuelta (aquí estamos ante la forma canónica de entrada en escena del caudillo: a Santana y a Báez se les llama). Este constituye el verdadero primer acto de la narración que, para facilitar el análisis, llamaré *Enfrentamiento 1*. A partir de aquí hay una aceleración de los acontecimientos y los actantes se involucran de lleno en la historia.

Pese a su posición dominante en la narrativa, Santana (él es en efecto el protagonista) no podía desempeñar las funciones del héroe porque siendo un personaje conocido por sus antecedentes políticos despóticos (lo cual supone que el lector ya conocía el trasfondo anterior de esta historia), estaba en conflicto con la ideología de la narración. Apenas en la tercera página del texto el historiador ya recibía con displacer la intervención del general Santana en las hostilidades, a quien los sublevados confiaron el mando de sus armas: La contienda, dice García, “probablemente habría sido menos violenta sin el llamamiento del general Pedro Santana, que obligó a muchos hombres que no tenían garantías con él, a hacer esfuerzos supremos por sostener a Báez a todo trance”.

³⁶ Las tres principales categorías empleadas por García para identificar los agentes colectivos fueron: los comerciantes (o “el comercio”), los hacendados y “las clases iletradas”.

Si bien el nombre de Santana no aparece en la organización de la revuelta, pues éste se encontraba en aquel momento en la isla de Saint Thomas lejos del desarrollo de los sucesos, sí ocupa un lugar estratégico en su ejecución apenas dos meses después de comenzadas las hostilidades, desplazando al general Franco Bidó en el primer momento decisivo del relato (García dice: “para el 18 de setiembre había reemplazado al general Bidó en el mando”).

Este rol de Santana, sin embargo, se debía no tanto a su actuación personal en las operaciones de la guerra como a su posición de influencia en la narrativa, a su competencia modal potestiva, que conduce al desenlace de los hechos, todo lo cual hará de él la ficelle de la segunda parte del relato (*Enfrentamiento 2*).

A pesar de que García no dice lo que era un sentir de la época, inclusive en los antisantanistas: que “faltaba un hombre de esos que tienen el don del mando”³⁷, la incorporación de Santana a la revuelta hizo que el Movimiento del 7 de julio cambiara ante los ojos del historiador su índole liberal y patriótica. Y así como García se sintió enajenado del curso que iban tomando los hechos, del mismo modo en la narrativa aparecía también “la opinión pública más dividida entonces que nunca”. Por eso la degradación de los personajes (a veces hasta lo grotesco) constituye un dispositivo tan importante en la dinamización de la historia.

Como no hay un personaje que desempeñara la tarea del héroe, no aparece la función de quien reparara la fechoría y los valores sociales y patrióticos quedan encarnados en los destinatarios que iniciaron la revuelta (los hombres de negocios del Cibao), cuyo rol se ha ido reduciendo hasta quedar marginalizado, por lo cual la perspectiva dominante del universo narrativo va cobrando un carácter negativo y la historia se hunde, a medida que avanza, en un nimbo de tragedia traduciéndose en una trama configurada de tres modos sucesivamente.

³⁷ Del manuscrito de DAMIÁN BÁEZ, *Apuntes y comentarios históricos*, en la obra de EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Papeles de Buenaventura Báez*, ob. cit., p. 48.

El problema aquí es que, como vemos, el actor inicial que incitó la revuelta (los “prohombres del Cibao” Valverde, Mayol, etc.) no podía ocupar el lugar de otro actante más que el que ocupaba al principio del relato, no podía pasar de su rol de destinador y portavoz de la ideología liberal al rol del sujeto heroico como se hubiera podido esperar al principio en que dicho actor inicial parecía personificar en latencia el sujeto-héroe.

Además, estamos aquí ante una de las características de ciertos capítulos de la historia de García: que no siempre la función de un personaje conlleva otra función de elementos opuestos que la redime, como en el presente caso, la fechoría no da lugar a su pareja opuesta, la reparación de la fechoría, así como algunos elementos tampoco suscitan elementos contrarios, como por ejemplo al combate en campo abierto no se opone claramente la victoria en campo abierto.

A partir de aquí falta uno de los pivotes retóricos de la narrativa histórica tradicional: la presencia del sujeto-héroe³⁸ como parecía anunciar la fase preparatoria del relato cuando tuvo lugar la desgracia de la desvalorización del papel moneda. A lo sumo se puede decir, que hay un protagonista-actante que son los principios liberales cuya defensa fue invocada como razón de la insurrección contra Báez.

De modo que no hay prueba decisiva y mucho menos prueba glorificante. A esto se debe la inestabilidad estructural de la historia (Propp hubiera dicho que a medida que la trama avanza la historia *cambia de tono*) que

³⁸ Este capítulo del *Compendio* de García es un relato muy simple, en el cual está ausente la presencia del protagonista-héroe y del antagonista. Solo aparecen el destinador, el antagonista-malvado, el antagonista-falso héroe, y el ayudante. Pero esto no fue raro en los relatos históricos de García. También ocurre muy a menudo en los textos de García que cuando aparece el héroe, éste adolece de una insuficiencia (*critical flaw*) para hacer efectiva una decisión o para mantener bajo su control la marcha de los acontecimientos que hace que los mismos deriven hacia un fin distinto al deseado. Y a pesar de que el héroe a menudo persevera en su determinación de alcanzar el triunfo de sus propósitos, cuando alcanza algún triunfo es casi siempre circunstancial y efímero. Este es el caso, entre otros, de Francisco Montemayor de Cuenca, Francisco del Rosario Sánchez, José María Cabral, Manuel Rodríguez Objío y Juan Isidro Jimenes. La historia dramática de estos personajes ha despertado la simpatía de los lectores hacia ellos. Los anteriores son elementos constitutivos de la historia como drama finalizada en tragedia. No son así o lo son sólo en parte los casos de Sánchez Ramírez, Santana y Luperón.

es una de las características de su carácter regresivo, lo cual, además hace que no exista el discurso del elogio y que los hechos narrados, aun cuando centrados en el movimiento y en el combate, pierdan su referente patriótico. Por eso la historia despierta la impresión de que le falta sustancia.

Sin embargo, no debemos perder de vista el papel que la sensibilidad romántica desempeñó en la construcción del discurso historiográfico decimonónico. La desgracia de la nación por la acción disolvente de los hombres era un motivo estético de la época (inclusive en el llamado pensamiento “conservador”) y el ideal romántico de la nación, que era una elaboración imaginística no siempre vinculada al ámbito de la experiencia, sufrió en el historiador un choque traumático cuando a menudo no coincidió con el sentido que le dio a las acciones políticas de lo que podríamos llamar la nación histórica. La tragedia discursiva era el resultado de esa desubicación de la nación esencial de la nación histórica³⁹.

Los liberales de Santiago iniciando el movimiento del 7 julio contra Báez es configurado como un acontecimiento constructivo-activo-positivo puesto que entraña algunos de los rasgos más importantes que caracterizaron los dos eventos concluyentes para definir la gesta patriótica: el movimiento separatista que concluyó con la independencia nacional y la Guerra Restauradora durante el período de la anexión a España.

Pero lo específico de este capítulo del *Compendio* de García es su configuración narrativa inestable. La inesperada aparición de Santana como conductor del movimiento armado que opaca la actividad de los “prohom-

³⁹ Como el de los patriotas liberales, el llamado pensamiento “conservador” (de baecistas y santanistas) no se caracterizó por su oposición de principio (aunque sí de facto) a la realización de la *patria docens*, al “proyecto de República ideado tal vez por la buena voluntad de sus buenos hijos”, sino que atribuyó su fracaso, igual que lo hizo el de los primeros, a la acción negativa de los hombres, “a la incesante anarquía que llegó a caracterizar a sus hijos como fieras”, según las palabras de un conocido baecista en una carta a su jefe político. *De J. P. Díez a B. Báez*, Caracas, febrero 9, de 1870, en la obra de EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Papeles de Buenaventura Báez*, ob. cit., p. 311. Ahora bien, a diferencia de los patriotas liberales, el elemento conservador aceptó la nación histórica como la única posible, es decir, en el mismo el desacuerdo entre la nación esencial y la nación histórica apenas tuvo la importancia que le atribuyeron los patriotas liberales.

bres" del 7 de julio altera la composición de la trama hacia un patrón compositivo del tipo constructivo-pasivo-positivo y más adelante al patrón constructivo-activo-negativo.

A continuación, el largo y ruinoso asedio de Santana a la ciudad de Santo Domingo y las reformas radicales de los "julistas" (Constitución de Moca, traslado de la Capital a Santiago, etc.) se traduce en el patrón narrativo destructivo-activo-positivo, el cual a su vez y por último se troca en destructivo-activo-negativo a partir del pronunciamiento de Santana contra los iniciadores de la insurrección contra Báez.

Por eso el relato histórico se caracteriza por su monotonía. Salvo en las dos o tres primeras páginas, sólo descuellan las esferas de acción del personaje hostil o agresor (Báez), del falso héroe, es decir, del héroe en un sentido negativo (Santana)⁴⁰ y del auxiliar (los capitanes y gentes del pueblo que desempeñaron la parte más activa en las operaciones militares) en tanto que la esfera de acción del auxiliar (entre quienes se contaban Sánchez y Mella enfrentados en bandos contrarios) no precisaba tanto de los motivos para definir sus funciones como era el caso de la esfera de acción de los actores principales, aunque no por eso el modelo teleológico pierde vigencia.

La dirección de la guerra por el general Santana, cuya esfera de acción no podía ser la del héroe, sino la del falso héroe, y en efecto en la actuación de Santana en el curso de la revuelta contra Báez se produjo una inversión del rol de auxiliar del destinador 1° al rol del falso héroe y 2° al rol del oponente-villano, por consiguiente introdujo un nuevo problema en la configuración de la trama que obligó al historiador a intervenir con sus comentarios intercalados, de modo que la discrepancia entre el objetivo de las acciones procurado por los gestores iniciales de la revuelta y el resultado de las mismas que sobrevino por obra de la intervención de San-

⁴⁰ El agresor se revela a sí mismo en la representación elidida de sus hechos (la emisión de papel moneda en beneficio de sus intereses), pero el falso héroe es descubierto por el narrador en el simbolismo y en la configuración de la trama.

tana pudiera ser entendida por los lectores de conformidad con el topoi patriótico de la época.

En esta oposición, la colisión entre el objetivo de las acciones y el resultado de las mismas, descansó uno de los aspectos constitutivos del modelo interpretativo garciano: en ella subyacía el encadenamiento de los hechos que un proceso correctivo le daría un aspecto de drama a la marcha de la historia.

Si José Desiderio Valverde, Domingo Malloí u otro de los “prohombres” del Cibao que iniciaron el Movimiento del 7 de julio hubiera capitaneado directamente las partidas “revolucionarias”, es decir, si algunos de ellos hubiera sido –como hubiera podido esperarse al principio– el protagonista principal en el curso de la guerra y si éstos con la Constitución de Moca no hubieran pretendido iniciar reformas radicales, que según la interpretación del historiador obedecían a un liberalismo exagerado, en ese caso las motivaciones de los “julistas” como apareció en el primer “manifiesto de agravios” contra el gobierno de Báez hubieran bastado sin más explicaciones para justificar la realización de la revuelta, como lo dijo el mismo historiador porque para él eran motivaciones *evidentes*.

García partía en su historia del supuesto de que eran dos las facciones políticas enfrentadas siguiendo “credos” ideológicos distintos: el partido liberal, “creado a la sombra de los acontecimientos que precedieron a la caída de Boyer” en cuyo pináculo patriótico estaba el “duartismo” y, por el otro lado, el “elemento conservador utilitarista” encabezado por Santana y Báez. El de los “prohombres del Cibao” era básicamente una consecuencia del primer credo ideológico, aunque García juzgó su liberalismo exagerado como inadecuado al concepto patriótico en el cual descansaba su identificación con la historia.

De todos modos, el historiador no pudo disimular su afinidad con el primer movimiento político liberal que se opuso a Báez y más adelante le dio la cara a Santana después de desaparecido el duartismo. El mismo historiador en otro texto calificó dicho movimiento de julio de 1857 como “la

revolución más popular que registran las páginas de la historia dominicana⁴¹.

Como es muy importante entender la presentación de los hechos históricos, la cual parece haber sido aceptada por sus contemporáneos, veamos la estructura formal de la argumentación garciana: la insurrección del 7 de julio se inicia con la euforia patriótica de un pronunciamiento que expresaba el idealismo utópico de los líderes liberales de la Independencia. La radicalización del liberalismo en el interior de dicho movimiento surgida con la intensificación del conflicto no se había manifestado todavía.

El general Santana no expresó explícitamente las motivaciones de su intervención en esta contienda armada sino en el nivel de la trama a través de sus acciones. García relleno los huecos de esta falta, interponiendo un *cliché* motivacional, a saber: que Santana “no poseía la facultad de disimular sus impresiones, no ocultó nunca desde su llegada al país, la tendencia a independizarse de toda sujeción disciplinaria, ni el propósito de dar al movimiento revolucionario el giro que convenía a sus intereses personales”, lo cual ya entendían y temían “los iniciados en la política” (como sería el mismo historiador, se sobreentiende⁴²).

Esta motivación putativa era desde luego arbitraria (del mismo modo que lo hizo con el personaje Báez, García construyó el personaje Santana como un carácter de la narración) porque sólo se fundaba en los pensamientos del narrador tomando en cuenta no lo que Santana expresó con sus palabras sino sus acciones anteriores, pero no era necesariamente errónea. Desde el punto de vista narrativo el *cliché motivacional* tiene una

⁴¹ JOSE GABRIEL GARCIA, *Apuntes sobre la vida política de Báez*. En EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Papeles de Buenaventura Báez*, ob.cit., p. 324.

⁴² Obviamente los decires sobre la actitud de Santana respecto a la revuelta del 7 de julio se basaban en puras especulaciones pues no hay evidencias escritas que los autoricen. Pero muchos conjeturaban que Santana no compartía los ideales políticos de dicho movimiento y que actuaba a discreción en una situación que podía aprovechar en su propia conveniencia, hasta el punto de que un hermano de Báez (antisantanista) comenta que “se habló por entonces en el público (no sabemos la verdad) de que Santana desde S. Thomas había ofrecido sus servicios al Gobierno (de Buenaventura Báez) contra la revolución del Cibao calificándola de vagabundería y que éste no había querido aceptar”. DAMIÁN BÄEZ, *Apuntes y comentarios históricos*, en la obra de EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Papeles de Buenaventura Báez*, ob. cit., p. 47.

función anticipatoria: anuncia el fracaso de los objetivos iniciales de la revuelta como resultado de la interposición de Santana en la consecución de los mismos.

García no modeló en la historia ningún héroe en el cual se focalizaran las luchas por la realización del proyecto liberal de la nación en ciernes (y, por tanto, en el cual se apoyara la cohesión del relato), sino que al contrario se distanció tanto de los hechos contados como de sus principales actores. El potencial de crítica social y política del texto garciano resulta de esa tendencia a poner de relieve su disociación del “sin sentido” de la realidad política y de las “discordias fratricidas” motivadas, entre otros, por “la escisión del partido conservador, cuyos prohombres principales estaban deslindados unos a favor de Báez y otros a favor de Santana”.

A esto se debe que pese a la riqueza del drama histórico, en este capítulo sobre el Movimiento del 7 de julio el número de las funciones propias de la narrativa histórica garciana sea muy limitado. De las 31 funciones del esquema de Propp, en este capítulo del *Compendio* de García sólo aparecen en el siguiente orden 7 variantes: 6ª (*el engaño*: Báez se vale de una artimaña monetaria), 8ª (*la fechoría*: Báez perjudica ladinamente el comercio cibaeco)⁴³, 10ª (*el principio de la acción contraria*: Santana, el falso héroe-buscador decide actuar por encargo), 24ª (*las pretensiones mentirosas*: el falso héroe reivindica pretensiones engañosas), 16ª (*el combate*: Se entabla la lucha armada entre la facción “*revolucionaria*” y los adeptos a Báez), 26ª (*la tarea cumplida*: Báez es vencido) y 28ª (*el descubrimiento*: Santana, el falso héroe se desenmascara). Esta última función (el descubrimiento del falso héroe), como se explicó, ya fue anticipada antes del desarrollo de la función 10ª.

Por lo demás, quisiera apuntar que en la reparación del daño producido al comercio cibaeco por la emisión de papel moneda y la sustitución del

⁴³ La fechoría fue acompañada de otro elemento: la austeridad, porque Buenaventura Báez no se caracterizó sin más por la fuerza bruta como Santana, sino específicamente por sus artimañas y por su sagacidad política.

gobierno de Báez por otro de carácter liberal y patriótico la historia está dominada por las circunstancias. Y, como se ve, la pérdida del objetivo inicial de la historia no es compatible con las dos categorías proppianas del relato a cuyas acciones obedecen 1° a la finalidad de vencer al enemigo y 2° a la solución de una tarea difícil.

Pero no por eso la narración está exenta de características teleológicas aunque sólo sea por el mero empeño que mueve a sus actores (Santana, Báez y los “julistas”) y por las imputaciones morales y los comentarios críticos del historiador que suministran al lector una perspectiva desde donde evaluar su desarrollo. Y es que la historia magistra no se podía reducir a éxitos y fracasos, sin importar que el logro obtenido al finalizar el relato fuera bueno o malo. El triunfo del malvado era una experiencia muy fuerte que sólo podía ser comprendida a través de los segmentos morales del relato, donde se iba redefiniendo la situación que ponía en marcha una nueva escena y un nuevo problema.

El primer acto de la trama, que abre lo que ya he llamado *Enfrentamiento 1*, se produce concretamente con el inicio de la guerra contra el gobierno de Báez. El historiador se valió del desarrollo de los enfrentamientos entre las fuerzas rebeldes y las del gobierno para ofrecer al lector un cuadro que condujera a que la situación inicial fuera degenerando en una lucha en la cual el cumplimiento de la *tarea difícil* de los sublevados perdía su sentido.

El prolongado cerco de la ciudad capital por las milicias santanistas, que es la base descriptiva y el momento de mayor tensión de la trama - constituyendo lo que se podría llamar el foco de los sucesos- presentaba el desenlace negativo de la historia nacional, o nuevamente dicho, el desacuerdo entre la *patria docens* (“el proyecto de República ideado por la buena voluntad de sus hijos”) y la nación histórica.

Mientras la narración avanzaba aplazando el momento culminante, que no feliz, de la historia, esta “lucha fratricida mal inspirada” iba adquiriendo un carácter monótono, incoherente e ininteligible que se refuerza anafóricamente: los contrahentes “hacían esfuerzos inauditos por obtener un

triumfo definitivo, ora armando buques de guerra para bloquear las costas enemigas, ora organizando tropas con que realizar serias operaciones militares, ora haciendo uso de toda clase de propagandas para intimidar a los contrarios y llevar a sus filas la desmoralización y el desaliento”.

Concurrentemente García intensificó la distancia entre el conflicto político-militar y “la masa común del pueblo” que “se cansaba de la estéril lucha”. No debe extrañar, por consiguiente, que el historiador, recorriendo con ojo crítico el escenario de la guerra, parodiara los detalles heroicos donde no había héroes, salvo en contadas excepciones cuando distinguió algunos comandantes y soldados de las capas bajas del pueblo (a quienes parecía querer hacerles justicia sin importar su bandería) como “el soldado Cabrera, que murió como un valiente” o “Francisco Marcano, voluntario que se había conducido en los otros encuentros como un valiente” que evocan, aunque sólo por momentos, la simbología épica de las contiendas de la independencia. Sin embargo, como el desempeño del rol del ayudante aparece reducido a acciones marginales, las relaciones del mismo con los roles de los personajes principales son apenas significativas.

Son las tareas del agresor (Báez), las de cometer la fechoría y producir una desgracia, y la del falso héroe (Santana), que es la de superar los obstáculos y vencer al agresor movido por sus motivaciones inicuas, las que determinan la estructura literaria del relato. Correspondientemente, la acción de los sublevados y de quienes los representan (“la juventud”, “los prohombres del Cibao” o éstos últimos en la denominación algo antipática de “mandatarios santiaguenses”) se queda sin respuesta pues a poco de iniciarse la lucha éstos (a quienes corresponde la figura del donante y/o el destinador que fija los valores y alienta al héroe)⁴⁴ pierden el poder a manos del falso héroe (Santana).

⁴⁴ Conviene señalar que las figuras del donante y del destinador aparecen en la historiografía dominicana como figuras pasivas que siempre son engañadas o traicionadas por el falso héroe o pierden el poder a manos de alguno de sus opuestos en situaciones que se asemejan a la lucha entre el agresor y el héroe. Véase los casos de Juan Pablo Duarte, José Desiderio Valverde, Pepillo Salcedo, Ulises Espaillat, Gregorio Luperón de los últimos años como guía del partido azul, etc.

A pesar de que la capital dominicana era el lugar donde habitaba el agresor (el gobierno de Báez y sus amigos), el asedio de la ciudad por las tropas de Santana que se prolongó durante varios meses fue valorizado negativamente por García.

La imagen negativa del asedio (que acarreó una situación “desbarajustada”) fue reforzada en el juego con los significantes discursivos, por ejemplo, invocando los padecimientos (“las amarguras”) no tanto de los parciales envueltos en la guerra como del sujeto colectivo que era víctima del conflicto: “las enfermedades y la miseria diezaban a las familias pobres, y ponían a las acomodadas en la imperiosa necesidad de sacrificar sus joyas y demás objetos de valor, y eso para no poder consumir sino artículos caros y malos que solían importar de Curazao algunas goletas y balandros holandeses”⁴⁵. O intensificando los estragos de la violencia en el escenario de las hostilidades.

Habiendo perdido importancia la tarea difícil (función 25^a), el personaje que sufría directamente las consecuencias de las acciones entre el agresor y el falso héroe era la masa común del pueblo o los ciudadanos inocentes (mujeres y niños que ignoraban los peligros de la lucha a campo abierto), como por ejemplo cuando el historiador se vale de la siguiente escena para acrecentar las características negativas (vergonzosas) del conflicto: “como sufrió reparaciones el fuerte de Santa Bárbara que hicieron necesaria su bendición, acudieron a ella en la tarde del 25 todas las familias invitadas por el general Marcano, que tenía establecida allí la comandancia de la línea, y cuando se encontraba reunida la concurrencia, compuesta de hombres, mujeres y niños, dominicanos y extranjeros, que llenos de alegría se entregaban a placeres inocentes, mandó Santana a romper el fuego de la batería de Pajarito que arrojó más de cien proyectiles sobre la plaza”.

⁴⁵ Pese a que parecidas circunstancias debieron de haber ocurrido durante las guerras de la independencia, García no se sintió motivado a destacarlas en sus relatos.

O de esta otra: “en la del martes 25 disparó la trinchera de Pajarito sobre la ciudad un gran número de cañonazos, uno de los cuales ocasionó la muerte de dos niños arrebatados por una bala en el seno mismo de su hogar estando dormidos en una sola cama” y así sucesivamente.

Como desde el comienzo el falso héroe (Santana) reivindicaba pretensiones engañosas (función 24^a), es decir, que no perseguía verdaderamente reparar la fechoría del agresor (Báez), la lucha entre ambos contendientes no podía envolver ideales heroicos (salvo las acciones secundarias aparentemente heroicas de los auxiliares que son las figuras más cercanas a los lectores pero cuyo rol actorial es más bien marginal) que condujeran a un fin victorioso sino a un proceso destructivo del mito redentor de la nueva república.

Al invocar el tópico patriótico, como hemos visto la ironía es un ingrediente importante del discurso histórico, como cuando al aludir al proceder de ambos rivales durante el curso de las hostilidades el autor escribe: “Por eso no extrañará nadie que desatentados y ciegos los dos bandos profanaran el decimocuarto aniversario de la separación dominicana”.

El segundo *plot point*⁴⁶ tiene lugar cuando la tragedia llega a su punto culminante en la parte final del relato: el general Santana desenmascara sus verdaderos motivos “egoístas” y se enfrenta a los “prohombres de Santiago”, cuya función ya aparece muy debilitada. Pero el antagonismo entre ambos ya estuvo anticipado (el anuncio de la tragedia) en la fase de ilusiones patrióticas al comienzo de la lucha contra el gobierno de Báez. El historiador García escribió: “Desde que los hombres que hicieron la revolución del 7 de julio, después de haber tratado de medir con el mismo rasero a todos los gobiernos pasados, acusándolos a la par en su manifiesto de arbitrarios, despóticos y terroristas, tuvieron la debilidad de aceptar los servicios del general Santana . . . no fue extraño para nadie que conociera sus antecedentes políticos, que comenzando por rodearse de los hombres de siempre, concluyera por imponerse y hacerse dueño de la situación”. Que la lucha por la libertad se extendiera en esta fase no

⁴⁶ Sobre el concepto del *plot point* véase nota n° 20. A veces se dice también *plot twist*.

era nada anormal porque la intensificación de las acciones hacía más deseable el final feliz de la historia. Pero estas palabras de García dejaron sentadas de antemano las secuencias de los hechos fatales que quedaban por ser narrados.

La fase del *Enfrentamiento 2*, a diferencia del *Enfrentamiento 1*, se circunscribió a un enfrentamiento encubierto, pues el general Santana se cuidó de disimular su rol de antagonista, no hostilizando de frente “los impulsos magnánimos” del gobierno de Santiago. Esta parte del relato es relativamente parca, muchas acciones son eliminadas o simplificadas, toda vez que ya todo estaba resuelto mediante la “comedia” de que “los habitantes de las provincias del sud eran los que habían soportado más el peso de la guerra en sus personas e intereses” y por consiguiente un pronunciamiento de “los representantes” de dichas provincias confirió plenos poderes al general Santana, el sostenedor del orden social, para restablecer el orden público. La polémica constitución de Moca fue invalidada y en su lugar se restableció la vieja y despótica de 1854. Dice García: “la contrarrevolución vino a ser un hecho inevitable”.

Como faltaba el héroe que invocara y defendiera los valores patrióticos y republicanos, y además por eso mismo faltaba la sanción contra el malhechor, en su libertad autorial García intervino para redimir el universo axiológico de la historia, y al final, en un cláusula de justicia poética, reprendió a la gente del país, a los pueblos porque “no tienen conciencia de sus derechos, porque les falta la ilustración necesaria para conocerlos, se amilanan por lo común ante la idea de imponerse sacrificios”. El final feliz, el estado de reposo que hubiera producido la realización del fin patriótico perseguido quedará entonces pendiente para la fase siguiente del nuevo gobierno del general Santana hasta el capítulo de la anexión a España, cuando se enciende otra vez la lucha por la soberanía nacional y por un régimen de derecho.

Lo que me ha interesado aquí no es tanto establecer en qué medida la narración de García era o no fidedigna, sino comprender su psicodinámica textual que hizo que los lectores la aceptaran como verdadera. A juzgar

por la popularidad y el grado de aceptación alcanzados por el *Compendio de la historia de Santo Domingo*, podría pensarse que el punto de vista de García condicionó el sentimiento de afinidad de los lectores respecto a los personajes históricos.

Por lo demás, las informaciones recogidas por García sobre la materia tratada son en general del mismo tipo que las de los demás capítulos del *Compendio*: testimonios orales, comentarios y sueltos periodísticos, alguno que otro informe ministerial y la folletería de la época aunque usualmente el historiador citó sus instrumentos de estudio sin señalar su procedencia. No hay que olvidar además que en sus investigaciones el historiador se nutrió de sus vivencias personales, pues desde hacía un año, en 1857, se encontraba en el país después de un exilio en Curazao. Muy poco sabemos, sin embargo, de la actuación de García en esa época de su vida, de la cual nada fue registrado documentalmente.

El historiador García no debió temer que su autoridad fuera discutida cuando narró esos hechos porque la suya fue la primera y la única “versión” de estos hechos políticos conocidos como “movimiento del 7 de julio de 1857” a la cual se remitieron todos los comentaristas de ese capítulo del pasado nacional en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX y hasta bien avanzado el siguiente. Es decir, a su versión de los hechos no se opuso otra versión conocida o actualizada de los mismos⁴⁷. Esa “versión” suya armonizó durante muchos años con las creencias de sus lectores sobre cómo había de ser visto el pasado.

Del examen de diversos textos históricos dominicanos desde la última década del siglo XIX hasta mediados del siglo XX resulta que este patrón narrativo constructivo-activo-negativo fue con algunas variantes el mayormente empleado por los historiadores, salvo aquellos libros de historia hechos para exaltar el régimen de Trujillo.

En textos históricos dominicanos escritos por individuos que no eran historiadores encontramos, además, otras estructuras dramáticas, como en

⁴⁷ Pese al apasionamiento que despertó la recordación de estos hechos, ninguno de los aspectos de la narrativa de García fue abierto al debate desde un punto de vista historiográfico.

los ensayos de Pedro Francisco Bonó, *Apuntes para los cuatro ministerios de la república* y de Federico Henríquez y Carvajal, *El dilema*, y en la novela histórica de Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo*, en la disposición de cuya trama se observan dos modelos: destructivo-pasivo-negativo y constructivo-activo-positivo.

3.-

Además del ejemplo analizado se podrían citar muchos otros igualmente característicos del drama regresivo de la historiografía garciana. Andando los años esa representación negativa del pasado insular se fue acentuando en la cultura histórica nacional por la vía del pesimismo. Aunque conviene precisar que debido a su confianza en el “duartismo” José Gabriel García, cuya visión de la historia era moral y pragmática, nunca asumió esa actitud de desastre, a la cual sólo concedió la importancia que se pudiese demostrar mediante el estudio de las fuentes históricas a las que tuvo acceso.

Veamos el siguiente caso. Los historiadores dominicanos posteriores a García no sólo presentaron la destrucción de los pueblos y villas de las regiones noroccidentales de La Española durante los años 1605 y 1606 como un hecho negativo, sino que lo hicieron valiéndose de la metáfora regresiva de la “decadencia”⁴⁸, de la “hondonada” en la cual sucumbió por siglos la suerte de los dominicanos, una figura discursiva que franquearía el acceso a la auténtica *res factae* del pasado.

Al tenor de esta idea a partir del siglo XX los historiadores nacionales han hecho uso de la voz “devastaciones”. Toda vez que “devastaciones” hace alusión a destrucciones, a pueblos y campos arrasados, si al tratar sobre las despoblaciones de 1605 y 1606 nos referimos únicamente a dicho hecho, huelga decir por supuesto que el término “devastaciones” está más o menos debidamente empleado.

⁴⁸ El término “decadencia” aparece efectivamente en algunos escritos del siglo XVII y del siglo XVIII, pero sin aludir a las despoblaciones de 1605 y 1606.

Pero en la historiografía dominicana posterior a García la historia de “las devastaciones” entraña una dimensión discursiva. La voz “devastaciones” como es empleada en este caso no sólo proporciona información acerca del sujeto de la enunciación (las despoblaciones), sino que agrega un contenido connotativo que no tiene que ver únicamente, aun sin contradecirlo, con el referente denotado. Los rasgos connotativos de la voz “devastaciones” subsuncionan en la narración el significante del trauma histórico, un trauma de orden moral y político extendido hasta el presente. Esta última es una dimensión escatológica de la historia porque las “devastaciones” no sólo fue lo que sucedió durante aquellos 16 meses entre 1605 y 1606, la destrucción de pueblos y hatos, la ejecución de unas setenta personas que se negaron a evacuar aquellos lugares y la pérdida de más de catorce mil caballos “de carrera, camino y carga” y de cien mil reses mansas, sino la circunstancia creada por aquella medida que hizo posible el asentamiento de los franceses en esas partes de La Española, violando para siempre la integridad territorial (o la unidad política) de la isla y su destino español y criollo⁴⁹. Significó, pues, el “hundimiento de la isla”, el primer paso de lo que se ha llamado “la desnacionalización del Santo Domingo español”. De suerte que en tal caso lo importante no es el hecho individual, sino el corolario de su historia.

No es intrascendente la diferencia entre dos narraciones cuyos temas centrales sean: “cómo ocurrieron las despoblaciones de la banda noroccidental de la Española” y “cómo ocurrieron las devastaciones de la banda noroccidental de la Española” porque aunque ambos sustantivos, despoblaciones y devastaciones, denotan el mismo sujeto de la enunciación, tienen valores connotativos distintos.

El rol de las “devastaciones” en el desarrollo de los acontecimientos históricos posteriores como aparece en la historiografía dominicana mo-

⁴⁹ En una ocasión escuché de boca de uno de mis alumnos esta expresión que copio textualmente: “Osorio con sus devastaciones es el culpable de que tengamos a los haitianos ahí al lado”. Mir lo expresa así: que con el Tratado de Basilea de 1795 quedó “consumado el destino trazado por el gobernador Osorio en 1605”. PEDRO MIR, *El gran incendio*, Santo Domingo, 1974, p. 153.

derna es muy fuerte, tan fuerte que merecería ser el objeto de un estudio aparte.

Ahora bien, parece que el término “devastaciones” comenzó a ser usado por los historiadores a raíz de la publicación por Emiliano Tejera en *La Cuna de América* de mayo de 1915 de algunos de los documentos copiados por Américo Lugo en el Archivo de Indias. La expresión sin embargo alcanzó mayor difusión gracias a la pluma de Manuel Arturo Peña Batlle y ha quedado asimilada al pensamiento histórico dominicano hasta los tiempos actuales. El término “devastaciones” empleado por los historiadores dominicanos del siglo XX⁵⁰ para referirse a lo ocurrido en la zona noroeste de la Española en los años 1605 y 1606, no es una denominación descriptiva de entidades objetivas como lo es el término “despoblaciones”, sino un juicio sinóptico del presente⁵¹ en la forma de metáfora conceptual transferida a la realidad histórica como cuando tocante al mismo asunto se dice también “naufragio”, “hundimiento” u “ocaso”. De este modo se ha creado, avivada además por la idea de la llamada decadencia española o

⁵⁰ Parece que por un automatismo Matibag repite el error del historiador de donde tomó la idea al decir que tras haber presentado Baltasar López de Castro al rey el plan de las despoblaciones y dadas las circunstancias del comercio intérope con los extranjeros “thus was introduced the idea of Las Devastaciones”. Probablemente este autor empleó el término “devastaciones” como sinónimo de “despoblaciones” o de “destrucción de pueblos” sin reflexionar en el asunto. Véase de EUGENIO MATIBAG, *Haitian-Dominican Counterpoint*, New York, 2003, p. 27.

⁵¹ Varios funcionarios de la colonia de aquellos años advirtieron sobre la situación crítica que podían acarrear las despoblaciones de la parte occidental de la isla, pero ninguno llegó a calificarlas de tragedia. En un manifiesto de los historiadores dominicanos del 24 de mayo de 2001 se calificó las devastaciones de “crimen”. Ahora bien, “las devastaciones de 1605 y 1606” es un enunciado semánticamente contradictorio por cuanto siendo de orientación regresiva, depende también de un argumento teleológico que añora la integridad territorial de la patria. Como es empleado el término por los historiadores, “las devastaciones” es una metáfora de referencia pragmática tomada del lenguaje apocalíptico que aparece como una expresión descriptiva (que proporciona una información) con un elevado coeficiente semántico: por tanto, nadie discute la atribución del suceso histórico como “maléfico”, de “negro presagio” para el “destino” de la isla, que refuerza la trama regresiva de la historia dominicana. Véase en cambio una relación del siglo XVII que se refiere al suceso sin más emociones que las requeridas en una comunicación política: de PEDRO ALVAREZ DE MENDOZA, *Memorial de la despoblación de la isla Española. Santo Domingo y los incobenientes que tiene no poblarse y conbeniencia de que se haga y modos para ello*, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, N° 107, Santo Domingo, 1984, pp.107-116. Las observaciones de PEDRO L. SAN MIGUEL sobre la “narración trágica” dominicana, en *La isla imaginada*, pp. 44-58.

en beneficio de la hispanidad del pasado dominicano, una totalidad sintética catastrofista de la historia denominada “devastaciones” que sirve de guía integradora de la narratio y hace inteligible la realidad histórica como tragedia.

Pero que se atribuyera una significación de largo alcance a los hechos históricos ocurridos en las partes occidentales de la Española en 1605 y 1606, que se apelara a un punto de vista, a una perspectiva para constatar su importancia no tiene nada de anómalo porque nadie es neutral respecto a un pasado que para las generaciones posteriores ha modificado la situación política de su propio presente⁵². Lo característico del caso que nos ocupa es que se asumiera precisamente el criterio moral de la tragedia (y no la ironía o la épica) para interpretar el sentido de los hechos. La historia de las despoblaciones no tenía forzosamente que ser contada como tragedia tal cual fue contada por deber patriótico por los historiadores, aunque hay que reconocer que la estructura de su trama se prestaba para que así se hiciera.

El punto de vista de García sobre el tema fue ciertamente de reprobación porque la “torpe medida” de las despoblaciones condenó a los habitantes de esos lares “a la miseria” y sobre todo porque los que estaban establecidos en el comercio “se arruinaron o tuvieron que trasmigrar empobrecidos y desencantados”⁵³. Y dijo que menos de una década después “todo, en fin, estaba en decadencia, esperando que se presentaran circunstancias favorables capaces de dar distinto giro a las cosas”⁵⁴. Como se ve, las formas verbales “esperando” y “capaces de dar” dejaban abierta la posibilidad a que hubiera un mejoramiento⁵⁵.

⁵² Por ejemplo, Mir cree que “la historia de la actual República Dominicana brotó de esos Memoriales (de López de Castro. R.M.) Nada de lo que hubo antes se continuó en lo que vino después. Es como si hubieran zanjado la historia en dos orillas, la del siglo XVI, envuelta en una aurora de risueños aunque a veces de sangrantes colores y la que arranca del siglo XVII que inaugura decididamente el imperio de las sombras”. PEDRO MIR, *El gran incendio*, p. 99.

⁵³ JOSÉ GABRIEL GARCÍA, *Compendio de la historia de Santo Domingo*, t. 1, p. 133.

⁵⁴ JOSÉ GABRIEL GARCÍA, *id.*, p. 134.

⁵⁵ Pese a la importancia atribuida por la historiografía dominicana del siglo XX al tema de las destrucción de los pueblos de la banda nordoccidental de la isla en 1605 y 1606, en su *Compendio de*

Se argüirá que son los documentos de la época los que hablan de la perdición en que se encontraba La Española después de las despoblaciones de 1605 y 1606. Sin duda algunos memoriales se refieren al estado calamitoso de la isla de Santo Domingo en la segunda mitad del siglo XVII, pero aquí se produce a menudo una confusión por la falta de confrontación de la documentación existente.

La “representación” del estado de la colonia del año 1691 de Franco de Torquemada llama la atención del “miserable estado en que oy se halla” (la colonia española), que los hatos y haciendas de las zonas despobladas por orden del gobernador Osorio “se han despoblado de todo punto, quedando los dueños en suma pobreza, y los muchos vezinos que han muerto en las Entradas que ha hecho el Enemigo, y epidemias que se han padecido en aquella Isla, se han disminuido tanto sus fuerzas...” y habla del estragamiento de las casas de la ciudad capital de la colonia “que es el tercio de las que se contienen dentro del ambito de la circunvalacion, cuya ruina se ha ido aumentando”⁵⁶. La descripción de Araujo y Rivera del año 1699 y el memorial de Semillán Campusano del año 1687 giran también en torno al “estado infeliz en que hallaban sus poblaciones” y dice este último que los vecinos de los pueblos del interior de La Española requerían “este punto breve y eficaz remedio para preservar la total pérdida y acabamiento de dichos lugares”..

Del cotejo de estas y otras observaciones se puede colegir lo siguiente: a) La sociedad hispanocriolla de Santo Domingo sufrió las consecuencias desafortunadas de las despoblaciones de los años 1605 y 1606. Los padecimientos de la economía insular empeoraron. Esto está fuera de duda y así lo expuso también José Gabriel García⁵⁷. b) Pero la crisis de la isla

la historia de Santo Domingo el historiador nacional José Gabriel García apenas dedicó unos párrafos al asunto.

⁵⁶ *Representación de don Francisco Franco de Torquemada*, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, n° 17, 1941, pp. 207-208 y p. 210.

⁵⁷ Moya calificó la medida de las despoblaciones de “violenta, antieconómica, bárbara e inicua disposición Real”. CASIMIRO N. DE MOYA, *Bosquejo histórico del descubrimiento y conquista de la isla de Santo Domingo*, p. 199.

no se inició en los años 1605 y 1606 sino por lo menos 35 ó 40 años antes. Los mismos documentos históricos son una fuente de contradicciones en este respecto. Refiriéndose al año 1562, que fue cuando ocurrió el terremoto en la parte del Cibao, Luis Gerónimo Alcocer escribió que “toda la mas gente de esta ysla se fue a estas partes como a tierras mas ricas desamparando esta ysla adonde se iuan entonces acabando los indios y con esto dexandose de labrar las minas”⁵⁸. La relación del oidor lic. Juan de Echagoian del año 1568 se refiere en el mismo tono al mismo problema, prediciendo que si la corona no lo prevenía la isla se despoblaría por completo en algunos años⁵⁹. Y apenas tres años y medio antes de que se iniciaran las despoblaciones los vecinos de la ciudad de Santo Domingo informaron al rey del estado de cosa miserable del lugar “que esta muy a punto de acavarse si no le viene socorro del poderoso brazo de vuestra majestad”⁶⁰. Los vecinos además agoraron el fin de la isla. Por último, José Gabriel García calificó el estado de la Española en 1562 como un “cuadro de miseria y desolación” “tétrico”.

De modo que el anunciado “hundimiento” de Santo Domingo no se inició con las despoblaciones, el tema en realidad ha servido con sus villanos⁶¹ de topoi para contar la historia de la tragedia dominicana.

Hay historiadores de época reciente que dan por sentado que de no haberse efectuado las despoblaciones y dado el creciente comercio que tenía lugar en las costas occidentales de la isla entre criollos y extranjeros (franceses y holandeses), la economía de la región habría evolucionado hacia un capitalismo moderno y se habría evitado la “pérdida” de

⁵⁸ LUIS GERÓNIMO ALCOCER, *Ob. Cit.*, p. 43.

⁵⁹ En EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Relaciones históricas de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, 1942, t. I, p. 142.

⁶⁰ J. MARINO INCHÁUSTEGUI, *Reales cédulas,y correspondencia de gobernadores de Santo Domingo*. Madrid, 1958, t. III, pp. 781-782.

⁶¹ Se atribuye el rol del villano al gobernador Antonio Osorio por su responsabilidad en la orden y ejecución de las despoblaciones, y a su auxiliar Baltasar López de Castro por sus dos famosos memoriales. Correspondientemente han sido tildados, el uno de “hombre licenciado, jugador, arbitrario, cruel sin necesidad, nepotista y concusionario”, y el otro de “funcionario mediocre” y “ambicioso”.

aquellas partes donde se sentaron las bases de la posterior colonia francesa. Desde luego, esta conjetura es una manera ideológica hecha sin fundamentos documentales algunos. El tema no ofrece sino una gran incógnita.

En realidad, hacia lo que más bien parecen apuntar las fuentes es que el tráfico comercial de los criollos de todas las capas sociales con extranjeros en aquellas partes de la isla habría avanzado gradualmente hacia el sometimiento voluntario, consuetudinario o a punta de dinero de los primeros a las leyes y costumbres de los segundos y en definitiva habría conducido a la apropiación de aquel territorio por la corona francesa (o quizás por los holandeses). Así se lo participó Jerónimo de Torres al rey español. A menos que España hubiese adoptado medidas sanas en contra y además enérgicas como la liberalización del monopolio indiano⁶², el aumento de la población, mayor vigilancia de jueces y oidores y el auxilio continuo de una armadilla en aquellos lugares como lo aconsejó, entre otros, el arzobispo Dávila y Padilla.

Nada de esto sin embargo aparece en la historia de José Gabriel García, pero tampoco en los escritos de los coetáneos de este hecho. Cuando el 12 de junio de 1605 el licenciado Gonzalo de Valcárcel terminó su discurso describiendo cómo fueron ejecutadas las órdenes de despoblar la región noroeste de la isla, ignoraba que a partir de ahí la historia se “desviaría” de sus designos propios⁶³ puesto que aun cuando él mismo estuvo envuelto políticamente en este suceso tan polémico y del cual fue un

⁶² En realidad se dispuso todo lo contrario, pues como es sabido, en 1610 la indolente administración española puso aún más trabas al comercio exterior de la isla.

⁶³ Dice Peña Batlle que la isla de Santo Domingo “cayó, poco después, en lo irremediable, en la hondonada, en el infortunio, en lo incierto de una convivencia sin sentido histórico”. Para GUIDO DESPRADEL I BATISTA en cambio fue el “abandono de La Isabela” que “torció por completo nuestro destino”. *Raíces de nuestro espíritu*. Conferencia pronunciada en la sociedad cultural de Santiago “Amantes de la Luz” en el año 1936. El punto de vista sobre “las devastaciones” de 1605 y 1606 no ha cambiado en los historiadores de nuestra época. Franco las califica de “golpe mortal a la Española”. FRANKLIN FRANCO, *Dominicos, la orden que dio más al país*, en *Hoy*, Santo Domingo, 13.11.2010.

vehemente crítico, no lo percibió como trauma. La manifestación del trauma en los círculos letrados data de dos siglos más tarde.

Si examinamos en sus detalles los memoriales sobre la isla Española de Alcocer, Araujo y Rivera, Haro Monterroso, Ponce de León, Montemayor de Cuenca, Franco de Torquemada y Carvajal y Rivera, que son documentos de mediados y finales del siglo XVII considerados como seguros, advertiremos que ninguno de sus autores utilizó la palabra “devastaciones”. Obviamente, tampoco habló de “devastaciones” el censo del año 1606 del escribano Gaspar de Azpichueta, ni los memoriales del Cabildo de Santo Domingo del 28 de julio y del 1 de agosto de 1608. Tampoco lo hicieron las consultas y Reales Cédulas sobre remedios contra el comercio intérlope de agosto hasta noviembre de 1603. La expresión oficiosa empleada por los funcionarios del gobierno de Antonio Osorio para referirse a las despoblaciones fue “reducción y mundanza de pueblos y hatos”. El único autor importante del siglo XVIII que trató el tema, Antonio Sánchez Valverde, igualmente no empleó la voz “devastaciones”⁶⁴.

Acorde con la creencia de que el carácter regresivo de la historia insular no podía ser impugnado ni rectificado, algunos historiadores dominicanos como Lugo optaron por la rememoración como solución del trauma. Salvo quizás Peña Batlle. Una de las razones que condujeron a éste último a su *engagement* con la dictadura de Trujillo fue el deseo de transformar ese carácter escatológico de la historia⁶⁵.

Algún historiador argüirá que la decadencia resultante de “las devastaciones” no es una invención de nadie, que de las evidencias mismas se infiere que los hechos de 1605 y 1606 entrañaron “el hundimiento”, “la

⁶⁴ En vez de emplear el término “devastaciones” Nouel escribió: “Uno de los principales hechos fue la demolición, por mandato de la autoridad pública, de las poblaciones de Yaguana, Bayajá, Monte Cristi y Puerto Plata”. CARLOS NOUEL, *Historia eclesiástica de Santo Domingo*, t. 1, Roma, 1913, p. 222.

⁶⁵ Para Peña Batlle, escribió San Miguel, “el régimen trujillista representará una especie de ‘paraíso postapocalíptico’ que recuperó las esencias de la nacionalidad, negadas o disminuidas por los tenebrosos sucesos del periodo de la ‘caída’”. PEDRO L. SAN MIGUEL, *La isla imaginada*, p. 47.

ruina”⁶⁶, de La Española. Ahora bien, en el caso citado, como en muchos otros parecidos, se produce la circularidad siguiente: el nombre “devastaciones” de 1605 y 1606 de la banda noroeste de La Española (a veces el nombre aparece personalizado y se dice “las devastaciones de Osorio”) posee un contenido metafórico descriptivo (la metáfora regresiva, convertida por obra de la tradición historiográfica en una descripción canónica) que le da al nombre una significación trascendente y negativa, mientras que a su vez la descripción adquiere un sentido designativo.

Si, para decirlo de otro modo, la aserción “las devastaciones de 1605 y 1606” es el nombre (N) y por definición también el predicado (P), en tanto que P le da un significado a N, P la reemplaza. Establecer la verdad de esta aserción implicaría que el objeto de referencia (el hecho empírico) identificado en N debería contener las propiedades de P (es decir, que el predicado está contenido en el sujeto) y esto, como se sabe, es imposible⁶⁷. De este modo, el objeto denotado en N no puede escapar al significado P⁶⁸. Este fue el dilema que el documentalismo erudito quiso solventar con su objetivismo extremado.

Hay aspectos de la historia insular especialmente difíciles porque constituyen lo que Walter Benjamin llamó “memorias peligrosas”⁶⁹: relaciones de desgracias o de hechos catastróficos que calaron muy hondo en la vida de la sociedad y dieron lugar a una visión escatológica disruptiva de la noción de progreso. Atenuada por su patriotismo, la tesis del desarrollo regresivo del pasado insular que inició en el ámbito historiográfico la obra

⁶⁶ En su *Historia de Santo Domingo* Lugo dijo de las despoblaciones: “¡Ejemplo de infelicidad inmerecida, acaso el más doloroso que presenta la historia de América!”. En AMÉRICO LUGO, *Escritos históricos*, (Andrés Blanco Díaz, ed.), Santo Domingo, 2009, p. 89.

⁶⁷ Esto es así sólo en el caso de las proposiciones lógicas llamadas tautologías.

⁶⁸ Sobre este controvertido tema, véase de DONALD DAVIDSON, *Truth and Meaning*, en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, 1984, p. 17-37.

⁶⁹ Memorias peligrosas porque vician la elucidación del pasado con suplantaciones emotivas. En la historiografía dominicana de hasta hace unas cuantas décadas abundaban las “memorias peligrosas”: la entrega de Santo Domingo a Francia, la ocupación haitiana, etc. Sin embargo, este asunto no ha despertado la atención de los historiadores nacionales del presente. Los problemas del discurso de la identidad nacional dominicana proceden de estos llamados “traumas” de la historia. Sobre el tema, véase de ALEIDA ASSMANN, *Geschichte im Gedächtnis*, München, 2007, p. 23.

de José Gabriel García no tuvo en éste el carácter escatológico de sus sucesores, 65 años después de la independencia nacional, que fue desde cuando se arraigó con más o menos énfasis en las generaciones siguientes de historiadores dominicanos.

“Las devastaciones”, el Tratado de Basilea⁷⁰ y la ocupación haitiana son tres capítulos que tratan sobre el alejamiento de la sociedad dominicana de sus orígenes, de lo español y de España, en los que la historia perdió su flujo narrativo normal y en lugar de ser una historia de vencedores, tendió a mantener vivos los recuerdos de una historia de injusticias y de victimados.

⁷⁰ Sobre el Tratado de Basilea Nouel apuntó: “De entonces empezó para ésta (para la isla de Santo Domingo. R.M.), esa serie de desventuras que forma la página más triste de su historia...”. CARLOS NOUEL, *Historia eclesiástica de Santo Domingo*, t. 1, p. 422.